

LAS ISLAS MALVINAS, *ULTIMA THULE*

ALFREDO J. SCHROEDER

Es bien sabido que los colonos franceses de Saint-Malo dieron origen al nombre Malvinas; y no lo es tanto que también le dieron como calificativo, grabado en medalla, el simbólico título de *ultima Thule*, el clásico nombre que durante siglos significó la región más occidental del mundo conocido, apodo elegido, desde ya, con acierto innegable.

El navegante francés, Luis Antonio de Bougainville, que a comienzos de 1764 comenzó un "establecimiento" en dichas islas, y que el 1º de abril de 1766, tras protestas y negociaciones entre España y Francia, lo entregó a los españoles, para seguir luego su vuelta al mundo —la décimocuarta de la historia y primera de los franceses—, en 1771 publicó en París su *Voyage autour du monde par la frégate "La Boudeuse" et la flûte "L'Étoile"*.

La primera parte de las dos que integran el libro contiene noticias que atañen en forma sustantiva a nuestra geografía e historia (Buenos Aires, las Malvinas, la expulsión de los jesuitas, los indígenas de la Patagonia, el estrecho de Magallanes...); y, no obstante, la versión y edición castellana, *Viaje alrededor del mundo por la fragata del rey la "Boudeuse" y la fusta la "Estrella" en 1767, 1768 y 1769*¹, es relativamente poco conocida. Ni siquiera se reimprimió con motivo de la reciente guerra en el Atlántico Sur, y el posterior viaje a nuestro país de un descendiente del autor.

Las referidas acciones —viaje a las islas Malvinas con la fundación de un establecimiento, y periplo alrededor del mundo y los consiguientes relatos del libro— son proezas que corresponden al ideal clásico de César, Salustio, Tácito, ambos Plinius..., en que corren a la par la gloria de realizar hazañas y la de escribirlas.

¹ Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943 (Austral, 349). Se cita por esta edición.

Ambas acciones, además, se concretan bajo los signos de textos latinos, más hábilmente citados que correctamente transcritos, en una lengua de la que el autor ha sido evidentemente un estudioso y un enamorado. El aprovechado discípulo de M. D'Alembert, que había presentado "a la indulgencia del público una obra de Geometría"², es un escritor de fibra y latinista de fuste. Y ello, pese a su ruda profesión de marino: "estoy ahora bien lejos del santuario de las Ciencias y de las Letras; mis ideas y mi estilo han adquirido demasiado la impronta de la vida errante y salvaje que llevo desde hace doce años. No es en los bosques del Canadá, ni en el seno de los mares donde se forma el arte de escribir, y he perdido un hermano cuya pluma, querida del público, hubiese ayudado a la mía"³. Poco después se ubica voluntariamente a mayor distancia de cierta literatura de imaginación no compartida: "Soy viajero y marino, es decir, un embustero y un imbécil a los ojos de esta clase de escritores perezosos y soberbios que, a la sombra de su gabinete, filosofan a vista de pájaro sobre el mundo y sus habitantes y someten imperiosamente la Naturaleza a sus imaginaciones"⁴.

Textos latinos diversos de distintos autores le sirven de comentario a situaciones y observaciones precisas; por lo tanto, bien traídos. Cuando en la segunda parte⁵, describe la costumbre de pintarse la piel que observara en Taiti y en Canadá, anota que es característico de "pueblos cercanos todavía al estado de naturaleza. Cuando César hizo su primer desembarco en Inglaterra, encontró establecida allí esta costumbre de pintarse: *Omnes uero Britanni se uitro inficiunt, quod caeruleum efficit colorem*". No da traducción, y no especifica ni libro ni capítulo, seguramente por ser texto escolar y muy conocido. Ni el autor es nombrado por lo general en los restantes textos latinos que comentaremos, lo que en este caso testimonia conocimientos en lugar de ignorancia, y honra a autor y lectores. El presente texto es fácil de ubicar; corresponde al capítulo XIV del libro V de *De Bello Gallico*. En la edición de Espasa-Calpe que manejamos, se desliza el error *insiciunt* por

² p. 28.

³ p. 28.

⁴ p. 29.

⁵ cap. III, p. 189.

inficiunt. El diptongo *oe* por *ae* en *coeruleum* es habitual en ediciones antiguas. El texto de César surge espontáneamente, porque confirma una moda generalizada en pueblos primitivos y además porque sirve para explicar el modo de pintarse: “No sé cómo se imprimen estos trazos imborrables; pienso que es picando la piel y vertiendo el jugo de ciertas hierbas”⁶. ¡Qué lejos del vanidoso exhibicionismo que destilan a veces ciertas citas en lenguas clásicas!

Cuando en Buenos Aires observa la cofradía de negros que “reconocen por patronos a San Benito de Palermo y la Virgen”, indaga también sobre las causas de tal preferencia: “tal vez con motivo de estas palabras de la Escritura: *nigra sum, sed formosa filia Jerusalem*”⁷. El texto sagrado está tomado del capítulo I del *Cantar de los Cantares*. El conocido texto de Salomón, verdadera “égloga pastoril” como la llama Fray Luis, está ligeramente modificado en *filia*, que debe ser vocativo plural *filiae*, por lo tanto separado por coma.

Entre los capítulos de especial interés está el VII de la primera parte, en que trata “de las misiones del Paraguay y la expulsión de los jesuitas”, narradas por este testigo contemporáneo e imparcial *sine ira et studio* —dice— *quorum causas procul habeo*, usando la célebre expresión de Tácito al comienzo de *Annales*: “Sin odio y sin favoritismo”. El tema, candente y debatido ya entonces, exigía esta norma de Tácito, reiterada en el comienzo de *Historiae*.

En el capítulo VIII de la primera parte relata su partida definitiva de estos mares: “Partida de Montevideo. Navegación hasta el Cabo de las Vírgenes. Entrada en el estrecho. Entrevista con los patagones. Navegación hasta la isla de Santa Isabel”. Cumplida su misión primera —entregar las Malvinas a España—, tras alguna espera en Malvinas, Río de Janeiro y Río de la Plata, dirige las proas de la *Boudeuse* y de la *Estrella* hacia los famosos mares del sur, “fecundos en austros furiosos”. Al lanzarse a estos mares no encontró mejor guía que el verso 51 del libro I de la *Eneida*, para encabezar el capítulo a modo de acápite:

Nimborum in patriam, loca foeta furentibus austris

⁶ p. 189.

⁷ p. 45.

Debemos disculpar nuevamente la vieja y errada forma *foeta por feta*. Invoca los vientos del sur de larga fama que nuestro país —hemisferio de por medio— conoce tan bien como los griegos y romanos, como los argonautas y Ulises, como Américo Vespucio y Magallanes, y que el V Simposio Nacional de Estudios Clásicos de 1978, auspiciado por la Universidad Nacional del Sur, invocó en su emblema: el navío Argo impulsado por los *furentibus austris* y guiado por la Cruz del Sur. En la página III de las *Actas* de dicho Simposio se da un sentido alegórico: “que nuestros espíritus, como impulsados por los fuertes vientos del sur, alcancen la ansiada meta de la verdad”. Aunque no se aclara dónde está esa meta, la Cruz del Sur nos señala las abandonadas regiones del sur, y nuestros austros furentes —el pampero— soplan hacia el norte, la historia dirá con qué mensaje o misión.

Estas terribles tempestades del sur, causa de tantos naufragios para las trece navegaciones alrededor del mundo que precedieron a la del marino francés —Magallanes en la primera salió con cinco naves de las cuales regresó una—, lo recibieron en su viaje a Malvinas de principios de 1767, causándole la pérdida de “casi todos los animales embarcados en Montevideo”⁸ y lo despedirían en su partida hacia el Pacífico con un “tiempo parecido al que describe el Salmista: *nix, glando, glacies, spiritus procellarum*”⁹. Es el hemistiquio 8 del Salmo 148, defectuosamente transcrito; debió ser: “*Ignis, grando, nix, glacies, spiritus procellarum*”.

Y alternando nuevamente texto sagrado y profano, pocas páginas después, cuando los indios pecherais huyeron apresuradamente de los franceses a quienes creían gente funesta y maléfica, tras la muerte del niño indígena que ni la magia del salvaje ni la ciencia del civilizado pudo salvar, exclama a la manera virgiliana: *Salis est gentem effugisse nefandam*¹⁰. Son palabras del verso 653 del libro III de la *Eneida*, pronunciadas por Aqueménides, compañero de Ulises, que quedó abandonado entre los cíclopes hasta la llegada de los troyanos, ante quienes acude, aunque griego, en busca de salvación o de una muerte menos horrorosa. Le “es suficiente haber escapado de

⁸ p. 54.

⁹ p. 141.

¹⁰ p. 147.

una raza nefanda". "La raza nefanda", que en la *Eneida* son los cíclopes, en el libro de L. A. de Bougainville lo son, para los indios, "los extranjeros funestos que creían llegados para destruirles" ¹¹. "Han llevado de nosotros la idea de seres maléficis" ¹². Pero lo mismo pensaban, sin duda, los franceses de los salvajes, hombres "bajos, feos, delgados", que "despiden un hedor insoportable" ¹³; por lo que es doblemente adecuada la expresión virgiliana.

La parte segunda del libro, que relata el viaje "desde la entrada en el mar occidental hasta el retorno a Francia" ¹⁴, lleva como acápite nuevamente versos del libro I de la *Eneida*, los dos últimos

...et nos iam tertia portat
omnibus errantes terris et fluctibus aestas.

La bastardilla que el libro usa en "tertia" prueba que es una modificación consciente introducida por el autor francés, aunque las otras modificaciones *et nos* por *nam te*, y, consecuentemente, *errantes* por *errantem* no estén señaladas del mismo modo. El texto original virgiliano dice:

Nam te iam septima portat
omnibus errantem terris et fluctibus aestas.

y está en boca de Dido que le habla a Eneas: "pues a ti ya te lleva, errante por todas las tierras y mares, el séptimo estío". El texto tiene sus problemas de cronología, salvedad hecha de la sinécdoque 'estío' por 'año', lo que ha facilitado o sugerido a L. A. de Bougainville modificarlo en cuatro palabras con total acierto en las cantidades y pies métricos para adecuarlo a su propio viaje.

La dificultad de la fecha fijada por Dido o Virgilio radica en que en realidad no hace siete años que Eneas anda errante, sino que es el tercero, como muy bien lo sabe y lo profetiza Júpiter —¿cómo no va a saberlo el padre de los dioses!— en el libro I de la *Eneida* en un discurso de 40 versos, y de 40 verbos en modo personal, 30 de los cuales son futuros.

¹¹ p. 147.

¹² p. 147.

¹³ p. 143.

¹⁴ p. 157.

En los versos 265-6 Júpiter será dos veces muy preciso: *Tertia dum Latio regnantem uiderit aestas / ternaque transierit Rutulis hiberna subactis. Tertia aestas y terna hiberna* significan lisa y llanamente 'tres años'.

Las explicaciones o disculpas por el error cronológico pueden ser: que Dido ignorara el tiempo transcurrido o lo equivocara, enamorada como estaba; que "siete" es equivalente a una cifra redonda y significa "mucho", al igual que "cien"; que Virgilio no compone una cronología científica sino una obra poética. Los tres motivos son aceptables para explicar este evidente error de fechas, que se reitera, con un año de menos, en *Eneida* v 626: *Septima post Troiae excidium iam uertitur aestas*. Un año de menos, porque sabemos por Eneas que entre estos dos *septima aestas* —el expresado por Dido a la llegada de Eneas tras la muerte de Anquises, y el de Iris metamorfoseada en matrona troyana— ha transcurrido casi exactamente un año (*annuus exactis completur mensibus orbis*)¹⁵, por lo que se está conmemorando con los juegos del libro V el primer aniversario de la muerte de Anquises. Parece pues probable que *septima aestas* signifique simplemente "hace años".

Las modificaciones introducidas al texto virgiliano en el acápite de marras por el navegante francés —el cambio de *septima* por *tertia* pudo obviarlo de interpretar a Virgilio como lo hicimos arriba— son exactas tanto desde el punto de vista de la métrica como de la cronología: el viaje alrededor del mundo le llevará los tres años que dice el título (1767, 1768 y 1769). No son del todo completos, pues entre el 15 de noviembre de 1766 (salida de Nantes) y el 16 de marzo de 1769 (llegada a Saint-Malo) no transcurrieron sino "dos años y cuatro meses", como dirá en la última página del libro. Sin duda, el francés ha sido más estricto en la cronología que el mantuano, citado y modificado por aquél.

Voluptuosos y románticos son numerosos detalles de esta segunda parte. Algunos de ellos, como los de la legendaria Taiti, aunque tomados de la mitología griega, están en buen castellano: "La moza dejó caer negligentemente la haldilla que

¹⁵ *En.* v 46.

la cubría y apareció a los ojos de todos tal como Venus se dejó ver del pastor frigio; tenía hasta su forma celestial”¹⁶.

Dentro de este exótico marco oriental, el capítulo III de la segunda parte lleva un acápite muy elocuente sobre esta región paradisiaca: *Lucis habitamus opacis, / riparumque toros et prata recentia rivis / incolimus*. (“En bosques umbrosos habitamos / y ocupamos los lechos de las riberas y los prados por los arroyos”). Son los versos 673-4 del libro VI de la *Eneida*, en que se trazan algunas pinceladas descriptivas de los Campos Elíseos, dadas por uno de sus moradores, el vate Museo, a la Sibila que interroga sobre la morada de Anquises.

El navegante francés prepara su descripción de Taiti poniendo el paisaje de los Elíseos virgilianos a la cabeza del capítulo, y luego en el cuerpo describe un extenso bosque de frutales —no los hay en los Elíseos de Virgilio, aunque sí en el Paraíso de la Biblia— arroyuelos, chozas de taitianos “dispersas sin orden alguno y sin formar jamás poblados” —esto sí es virgiliano—, con sus correspondientes senderos públicos, para concluir admirativamente: “Se cree estar en los Campos Elíseos”¹⁷.

En este Paraíso están las Venus humanas que arriba hemos dicho, y están los varones como Hércules y Marte: “Para pintar Hércules y Marte no se encontrarían en ninguna parte tan hermosos modelos”¹⁸.

Al finalizar su *Viaje alrededor del mundo* y con claro propósito de darle tintes épicos a esta obra geográfica, cierra el último capítulo de su parte segunda con el verso 418 del libro IV de la *Eneida*:

Puppibus et laeti nautae imposuere coronas

(en que sólo corregimos la mayúscula de *Nautae*, que no tiene razón de ser). Con esas coronas, con que los marinos honraban alegres a la divinidad tutelar de la nave, ha querido el autor poner broche final a su libro, pensando quizá que así procedían los romanos al terminar una riesgosa navegación. Ahora bien,

¹⁶ p. 169.

¹⁷ p. 187.

¹⁸ p. 187.

en la *Eneida* es Dido la que habla refiriéndose a los troyanos que ya han colocado las coronas para partir de Cartago y hacerse a la mar. Es decir: colocan las coronas al iniciar la navegación. ¿Ha errado el francés en su interpretación? No lo creemos, pues este mismo verso está, sin cambio alguno, en las *Geórgicas* I 304, donde los marinos cumplen la ceremonia ritual tras llegar al puerto, *cum iam portum tetigere carinae*, como lo hacen los de L. A. de Bougainville. Quien se salva por lo tanto de la crítica que pudo tal vez rozar a Virgilio de parte del comentarista Valerio Probo, que hubiera preferido la eliminación de este verso: *Si hunc uersum omitteret, melius fecisset*. Aquí, como también más abajo, se ve que de Bougainville conoce bien no sólo la *Eneida*, de cuyo libro IV toma el verso, sino también las *Geórgicas*.

Se puede concluir que en esta odisea alrededor del mundo ha sido Virgilio quien con los versos de su *Eneida* ha marcado los hitos en el comienzo de varios capítulos y en el final del libro.

Nos falta, por último, detallar otros aportes latinos, no ya en la composición del libro, sino en la fundación, por parte del mismo navegante francés, del primer establecimiento fijo en las islas Malvinas.

Este primer intento de colonización extranjera data de febrero de 1764 y fue encomendado por la corte de Francia al mismo navegante L. A. de Bougainville. Antes de él, según expresa él mismo, no ha habido en Malvinas población estable: "Sólo en 1766 los ingleses enviaron una colonia a establecerse en el puerto de la Cruzada, que habían llamado puerto D'Egmont"¹⁹. El marino francés llegó con "el *Aguila*, de veinte cañones, y la *Esfinge*, de doce"²⁰, a una profunda bahía en la costa norte. Son dignas de detallar las primeras impresiones. Creyeron llegar a una región de bosques y eran matas de juncos gigantescos. Desembarcaron e hicieron exploraciones, "durmiendo todos a cielo raso y viviendo de la caza"²¹. No hallaron "señales de que esta tierra hubiese sido nunca frecuentada

¹⁹ p. 64.

²⁰ p. 56.

²¹ p. 57.

por algún navío”²². “Fue un espectáculo singular ver a nuestra llegada a todos los animales, hasta entonces únicos habitantes de la isla, aproximarse a nosotros sin temor”. “Las aves se dejaban coger con la mano: algunas venían ellas mismas a posarse en las personas paradas”²³. “La colonia no estuvo en un principio compuesta más que de veintinueve personas, entre las cuales había cinco mujeres y tres niños. Trabajamos en el acto en construirles casas cubiertas de juncos y en construir un almacén bastante grande para encerrar los víveres, los vestidos y las provisiones de toda especie que les dejé para dos años”²⁴. Eso lo hicieron los marineros; la plana mayor construyó “un fuerte de tierra y de césped capaz de contener catorce cañones”²⁵. “Elevamos un obelisco de veinte pies de altura. La efigie del Rey decoraba una de sus caras, y se enterraron bajo sus cimientos algunas monedas con una medalla, en la que en una cara estaba grabada la fecha de la empresa y en la otra se veía el rostro del Rey, con estas palabras por lema: “*Tibi seruiat ultima Thule*”²⁶. En el exergo de la medalla se grabó: *conamur tenues grandia*. (Con amur, separadamente, se lee en la citada edición castellana, afrancesándose así un poco el texto latino). Es un verso tomado de Horacio, *Odas* I 6, 9: “Débiles, intentamos cosas grandes”.

El lema: “sirva a ti la última Tule” es un hemistiquio de Virgilio, tomado de las *Geórgicas* I 30. Tras invocar el poeta latino a las deidades campestres, invoca también a Octavio, cuyo imperio se extiende por tierras y mares, deseándole la sumisión de la última Tule, por entonces considerada como el extremo noroccidental del mundo conocido.

La antigua Tule (alguna vez *Thyle*) fue descubierta por el masiliense Pythea en el siglo IV a.C. en el océano Germánico a seis días de navegación al norte de Bretaña e islas Orcadas. Luego se la fue identificando en forma incierta con Escandinavia, considerada isla, con Noruega, con Schetlandia, con Islandia... según avanzaran los descubrimientos geográficos. La legendaria isla es pues, en cierto sentido, itinerante; avanza al norte y a occidente con los progresos de la navegación y su cali-

²² p. 57.

²³ p. 57.

²⁴ p. 57.

²⁵ p. 58.

²⁶ p. 58.

ficativo casi obligado es *ultima*. Para Estacio, dos veces será neblinosa, negra, como las Malvinas, por su cielo oscuro y nebuloso, en *nigrae litora Thules* ²⁷, y en *Vel super Hesperiae uada caligantia Thules* ²⁸.

Para Tácito, la isla está cubierta de nieve; y su mar, diferente del de las Malvinas, es calmo, en *Thule quam hactenus nix et hiems abdebat; sed mare pigrum et graue remigantibus* ²⁹. Para Solino ³⁰, es semejante: *pigrum et concretum mare*. Para Claudiano, es inaccesible en *Ratibusque imperua Thule* ³¹, y está condenada a la lejanía en *uel Hyperboreo damnatam sidere Thulen* ³², y en *nostro procul axe remotam* ³³. Sus mares son barrera infranqueable y son terribles por ser helados, borrascosos, lejanos, inmensos y perezosos para la navegación a vela.

Cuando Séneca, en el segundo coro de *Medea* canta la historia de la navegación, profetiza así, con firme esperanza: *Venient annis / saecula seris quibus Oceanus / uincula rerum laxet et ingens / pateat tellus Tethysque nouos / detegat orbis nec sit terris / ultima Thule* ³⁴. El océano abrirá sus cerrojos y aparecerá una tierra inmensa —muchos lectores y quizás también Séneca pensaron en América— Tetis descubrirá nuevos mundos y Tule no será ya el confín de la tierra. Tule no es pues América, pero es la antesala. Y su nombre ha llegado al hemisferio sur para ser enterrado en los cimientos del primer establecimiento de las Malvinas y para designar a dos de las Islas Sandwich del Sur: Tule y Tule del Sur.

El vago e impreciso nombre grecolatino, de etimología también incierta —¿de un rey Tulo, de *θολός* (oscuro), de *τέλος* (fin)?— tiene sin duda buenos antecedentes para ser elegido por el navegante y latinista francés para designar real o simbólicamente la nueva colonia, servidora de Su Majestad Luis xv. Era el nombre apropiado para los “azares de este débil establecimiento en los confines del Universo, el único que hubiese entonces a una latitud tan elevada en la parte austral de nues-

²⁷ S. iv 4,62.

²⁸ S. iii 5,20.

²⁹ *Agr.* 10.

³⁰ 22.

³¹ *III Cons. Hon.* 53.

³² *Ruf.* II 240.

³³ *Get.* 203.

³⁴ vv. 374-9.

tro Globo”³⁵. No aparece en el libro otro nombre propio que Tule y el genérico de “establecimiento” o “puerto de las islas Malvinas”, para esa instalación, que irá creciendo con las nuevas expediciones del fundador —“empezaba a tomar forma”³⁶— hasta llegar a “cerca de ciento cincuenta” pobladores³⁷ el 1º de abril de 1766, en el momento de su traspaso a los españoles.

Esta devolución de Francia a España la hizo solemnemente en la persona del Gobernador Don Ruis (la traductora prefirió “señor Ruiz”), quien vino en barco especial desde Montevideo. Enarbolaron la bandera española y la saludaron “con veintiún cañonazos a la salida y a la puesta del sol”³⁸.

Dos notas, de la página 54, nos parecen de interés en relación con esta devolución. La nota número uno, del autor, dice: “Cuando entregué el establecimiento a los españoles, todos los gastos, especialmente algunos que habían sido hechos hasta el 1 de abril de 1767, ascendían a 603.000 libras, comprendiendo el interés del 5 por 100 de las sumas gastadas desde el primer armamento. Habiendo reconocido Francia el derecho de Su Majestad Católica sobre las islas Malvinas, el Rey de España, por un principio de derecho público, conocido en todo el mundo, no debía ningún reembolso de estos gastos. Sin embargo, como adquiriría los navíos, bateles, mercancías, armas, municiones de guerra y de boca que componían nuestro establecimiento, este Monarca, tan justo como generoso, ha querido reembolsarnos de nuestros adelantos, y la suma supradicha nos ha sido entregada por sus tesoreros, parte en París y el resto, en Buenos Aires”.

La nota número dos, de la traductora, Josefina Gallego de Dantín, dice: “Las Malvinas, hoy británicas, son las islas Falkland. Tienen unos 3.000 habitantes”. Hemos suprimido todo comentario, quedando ambas notas desnudas para su cotejo.

Quien fundó el establecimiento bajo el lema *Tibi serviat ultima Thule*, el erudito latinista, sabía que Virgilio lo refería a Octavio, colocado junto a las deidades campestres como un dios, aunque no era aún Augusto, pero no sabía que Su Ma-

³⁵ p. 58.

³⁶ p. 64.

³⁷ p. 65.

³⁸ p. 54.

jestad Luis xv antes de los tres años y días debería devolver el establecimiento a España, que “reivindicó estas islas como una dependencia del continente de América meridional”³⁹. Tampoco sabía que la Majestad que lo sucedería, perdería además, pocos años después, su corona y su cabeza. Y mucho menos sabía —tal vez lo presintiera⁴⁰— que las Malvinas, la *ultima Thule*, seguiría sirviendo por muchos años a otra corona vecina no por fuerza del destino sino a la inversa. No puede tener el destino de servir y seguir siendo la última Tule la que es la hermana más querida. Porque —lo dice el poeta latino Prudencio— los ojos del cuerpo podrán no verla; pero “el espíritu traspasa con su luz los opuestos montes y los confines del océano y penetra en los últimos litorales de Tule”.

*Spiritus oppositos sed transit lumine montis
Oceani fines atque ultima littora Thylae
transadigit*

(*Hamartigenia* 880-882)

³⁹ p. 31.

⁴⁰ Cf. p. 64, p. 66 y nota de p. 22.